

**IX CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS “HERMANO EDUARDO MONTERO”
ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES
1º Premio Categoría B**

SIN SABER DÓNDE ESTOY

**CECILIA SEVILLANO ALBERT
4º A de ESO**

Sabías que cuando nace un cuervo alvino todos sus hermanos, incluso hasta sus padres, le empiezan a picotear con intención de matarlo, lo odian.

No hay nadie en este pueblo que sepa lo que yo he hecho, no hay forma de que puedan saberlo, no es como que dejara un rastro tras de mí. Todavía no tienen motivos para odiarme.

¿La palabra más fea del mundo? Piragüismo, la odio.

Los griegos decidieron dejar de luchar, pero aun así no perdieron la guerra. Se encerraron dentro de un gran caballo de madera y lo ofrecieron como regalo a los troyanos. Esa noche Grecia ganó a Troya, y también un gran odio. De dónde vengo me odian, y a dónde vayan me odiarán.

La luna está más brillante que ayer, pero la niebla sobre mi cabeza está empezando a cegarme el camino. Ya casi no diviso las estrellas que antes me guiaban por el bosque. Mientras tanto mi mujer grita detrás de mí, ya casi hemos llegado. Agarrada de mi hombro me pide que paremos, insisto en seguir, insiste en parar, cedo.

Grita y llora, yo miro y escucho, el frío hiela y sopla, y mi hijo después de casi 30 minutos solloza entre sangre. El bebé que sostengo arde, y poco a poco baja el tono de su llanto, hasta que se apaga. Ha muerto. El bosque sufre con nosotros y se calla por completo. A mí me duele en el alma, pero siento una gran satisfacción de no tener que criar el bebé mestizo que ha parido mi esposa, yo a ella la quiero, a su hijo no. De todas formas, ella piensa que ha sido su culpa por insistir en parar antes de llegar a la posada.

Las lilas le adornan el pelo castaño que cae como una cascada sobre sus hombros, su risa me ciega las pupilas y sus dedos sobre mis manos endulzan mi piel. Con ese vestido blanco abullonado casi no se le nota la tripa que reposa sobre ella, de 10 semanas creo que me ha dicho que está. Me da igual, a mi madre no, por eso le ha obligado a llevar un vestido tan feo, pero tan buen mentiroso.

-Mentiroso no. Dice mi madre.- Mentir no miente, solo oculta lo que tiene que ocultar.

Las campanas suenan, la boda empieza, me arde el corazón que está dándome saltos en el interior del chaqué, parece ser que no era el único. Una vez dado el sí quiero y un beso que me ha coloreado hasta los ojos, mi padrino se torna blanco, se agarra el pecho, suspira y cae.

-Infarto. Dice el doctor.

La iglesia pierde otra fecha de misa para el entierro, mi boda se torna oscura, de color café. La luna es blanca, a veces naranja, si la miras todos los días igual tienes la suerte de verla roja, y si a todas horas, un día la conseguirás ver rosa. Pero verde, verde nunca. Una luna verde no existe. Pero cuando el satélite se refleja en sus ojos. En esos ojos de color verde, se transforma en un rubí vibrante de energía, entusiasmado por ser portador de una promesa, de un juramento.

Sus ojos me volvían loco, fue lo primero que me hizo quererla, lo primero que me hizo desearla con toda la fuerza de mi cuerpo, toda esa que se reunía desde los dedos hasta la cabeza, bajando hasta mis pies. Me dolía el cuerpo de tanta fuerza, de tanto amor. Por eso a la hora de elegir anillo de compromiso no dude en elegir el rubí, para que ella pudiera sentir lo que yo siento cuando la miro.

-Estás loco, ni se te ocurra tocar con tus manos su vientre, se te harán negras y entre pedazos y polvo se te caerán al suelo. No te vas a casar con ella, está en cinta y tú eres un buen hombre. En este pueblo de gitanos no querrás correr el riesgo de que su hijo nazca mestizo.

Mi madre me grita, yo no la escuchó, solo puedo pensar en ella, en sus ojos, en como bailó conmigo y las 9 semanas y media que llevamos uno detrás del otro. Poco

tiempo para querer, demasiado para amar. Todavía sin defectos mi idea de que fuera mía se arraigaba a mi vientre como el niño que crecía en sus entrañas.

Miro al río mientras mi reflejo se lo lleva la corriente y los peces que pasan por ahí, me refresco y sigo bajando el remanso hacia el pueblo, las fiestas de San Juan han empezado, la música suena, pero a mí me aturde, y a punto de rendirme por el calor y el sofoco me cruzo con su mirada y me acerco, me presento, me contengo, me enamoro. Miro la luna que se refleja en sus ojos, luna verde, verde viento, verde ramas.

Miro sus labios rosas, y sus largas pestañas que cada vez que intento contarlas, entre risas se sonrojan y pestañean para que las deje mirar. No me enfado con ellas, pero cerradas no me dejan ver los ojos que ocultan tras ellas, esconden su color y parece que roban la luna que en ellos se refleja.

Hablamos, hablamos hasta que se me secó la garganta y luego un poco más.

También habló el herrero que bajaba a toda prisa del monte con el grito en el pecho y el latido acelerado en la garganta.

-Un muerto, en el río, el hijo de...

No sé quién, ni tampoco a quién le importa. Me importan sus ojos, que dejaron de mirarme para mirar al herrero, no me enfado con él, pero llamando su atención, no me deja ver los ojos que estaba mirando, se esfuma su color y parece que se ha llevado con su mirada la luna que en ellos se refleja.

Tengo 17 años y se ha muerto papá.

Tengo 15 años y se ha muerto la abuela.

Tengo 10 años y se ha muerto el abuelo.

Tengo 2 años y se ha muerto mi hermano.

Tengo 1 año y mi madre me ha vuelto intentado matar.

Tengo 6 meses y mi madre me ha intentado matar.

Tengo 3 días y mientras mi madre me daba el pecho me ha apretado fuerte contra ella y casi me ahogo.

Después de la muerte de mi hijo, mi esposa no fue la misma. Perdió el brillo de sus ojos, y junto a la pérdida de su mirada el frío le recorrió los nervios hasta la cabeza. Y si tenía alguna idea, desapareció hasta dejar dentro de ella un vacío que hacía que me diera pena. No era amor, era pena. Y cuando acunaba entre sus brazos una manta tejida a lino me daba casi hasta asco. Por suerte para mí no tuve que soportar esto, pues después de la muerte de mi hijo. El juez tenía la sospecha que el bebe no debía de ser mío, ya que habiendo pasado por el calendario solo seis meses y medio desde la unión no habría dado tiempo a dejar madurar bien la vida, al final dictaminó que yo de ninguna forma podía ser el padre del niño. Junto a los cargos por asesinato se sumaron las sospechas de que además del chico, yo había matado también al padre. Solo una semana antes de conocer a mi esposa, fue vista con el hijo del pastor. Y justo el día de la fiesta grande de San Juan, apareció muerto detrás del rastro que yo había dejado cuando bajé del río a la plaza.

Mi padrino, secretario del ayuntamiento, llevaba más de 2 décadas firmando defunciones a los gitanos del pueblo amenazando con que si no se iban del pueblo, les eliminaría del registro y tendrían que malvivir ilegalmente robando y engañando. Mi madre lo confesó, un motivo más para que yo, con miedo de que me amenazara a mí y a mi hijo, le matase. Habiendo un motivo, solo faltaba un arma.

-Al tratarse de un infarto, amigo juez, debo comprobar si se compró algún medicamento en la farmacia que diera estos síntomas. Dijo el doctor.

Para mi mujer, quien padecía de histeria desde que no puede coger a su hijo en brazos, había comprado unos medicamentos que la dejaban calmada. El farmacéutico que bien hace apuntándolo todo, se había comprado equivocado una libreta del año anterior, y había apuntado mi compra poco antes de la fecha de mi boda.

La noticia saltó como las brasas y pronto vecinos que vinieron a mi boda estaban seguros de haberme visto regalando un trago a mi padrino.

Tres muertes sobre mi conciencia, pero unas manos limpias de sangre. O eso pensaba yo. Porque cuando con las manos unidas por dos grilletes, miré hacía en frío hierro que congelaba mi piel, me di cuenta de que se tronaban a rojo, y de rojo a más

rojo, al final unas pequeñas gotitas de sangre chocaban con el suelo cuando largos rastros de sangre brotaban del hueco que hay entre mi uña y mi carne.

Al final miré la cara de mi mujer, y sus ojos habían vuelto a tener ese brillo que hacía que la luna disfrutase de su estancia en ellos. Pero no era igual, era el brillo del llanto viendo como condenaban a su esposo, quien presuntamente había matado a su hijo. Al final, mientras pasaba la última noche en casa me di cuenta de que el farmacéutico no se había equivocado de agenda, y que yo siempre supe que mi esposa yació con el hijo del pastor. Pero aparentemente fui el último en darme cuenta, después del juez, después del doctor y algo después que todo el pueblo, descubrí lo que ya había hecho. Asustado de mí mismo y con la esperanza de perderme, cogí en caballo y galopé. Sin saber dónde estoy un cuervo me sigue y se ríe. Sin saber dónde estoy el río suena. Sin saber dónde estoy, llego a un pueblo, todos me conocen, todos me odian. Sin saber dónde estoy, dejo al caballo atado, entro en la taberna, bebo.

Han visto a mi caballo y lo han reconocido. Se me suma el cargo de intento de huida. Al final mi caballo de troya, resultó ser un caballo de verdad.

Sin saber dónde estoy me llevan arrestado, y sin saber dónde estoy. Sé perfectamente dónde voy a estar durante el resto de mi vida. Algunos quieren volver al vientre de su madre, yo quiero volver a cuando intentó ahogarme.